

Máscaras

-“He venido por la máscara”

-“Qué raro, creía que la llevabas puesta”

Disfraces. Ian McEwan.

Jugábamos a las escondidas en la casa de Silvio aprovechando la ausencia de sus padres, quienes, de improvviso, debieron ir a visitar a su abuelo internado súbitamente debido a una grave descompensación diabética. Antes de irse, preocupados que su hijo quedara sólo en la casa, sin vislumbrar en el apuro otra opción, decidieron cruzar en diagonal la calle para charlar con mi padre, media cuadra distante de la suya, para evaluar la posibilidad que yo, también hijo único aunque agravado por la muerte de mi madre un par de años atrás y la ausencia de familiares debido a mi condición de inmigrante, pudiera hacerle compañía esa única noche, mientras ellos iban a ver cuán grave era la situación. La casa de ellos era grande, la más grande del barrio, inmensa para dos niños de 10 años, de golpe adultos y dueños de semejante mansión. Era la noche del sábado cuando ellos se fueron dándonos un beso en la mejilla a ambos, mientras mi padre, quien había accedido gustoso al pedido, me dio un aventón en la espalda en señal de despedida, aprovechando mi excursión a casa ajena para irse más temprano con sus amigos de juerga. Esta última situación, que ocurría periódicamente todos los sábados, tornábase evidente el domingo al mediodía, cuando al detener mi mirada en sus enrojecidos ojos producto de la acción del alcohol, lo notaba en su hablar enrevesado, una especie de entelequia inentendible mutada en adivinanza, un nuevo idioma verbal exclusivo de nuestro micromundo privado, que, cachetazo mediante, me obligaba a interpretar en curso acelerado.

Al principio estuve jugando con Silvio con los Märklin, sus trenes eléctricos, especialmente traídos por su padre de Alemania gracias a su trabajo en una compañía

aérea que realizaba semanalmente vuelos a Frankfurt. Estaban ellos en la habitación más pequeña, rediseñada para funcionar como sala de juegos, colocados con toda la parafernalia de vías, estaciones y puentes; funcionando en plenitud gracias a la estratégica ubicación sobre la gran mesada acondicionada a tal fin. Luego, aburridos de esos juguetes que entretenían más a su padre que al hijo, echamos mano al equipo de esgrima, deporte que practicaba su madre en GEBA. Aquel día opté intuitivamente por colocarme la máscara, llamada mi atención por su enrejado frontal de acero tipo jaula, que me evocaba el diseño del alambre mosquitero de la puerta de atrás de mi casa. Aunque grande de tamaño, me sentí cómodo, embargado por una sensación agradable de bienestar, más aún, de autenticidad con ella cubriendo mi rostro. Silvio me miró sonriente y tomó el florete, señalándome con el dedo índice que me sentara en la silla de mimbre y me quedara quieto, bien quieto, sin siquiera mover un milímetro de la cabeza, para poder impactar con sublime justeza, en una metralla de golpes a repetición, el delgado metal sobre mi cuadrículada cara. A medida que el acero golpeaba la máscara y me sentía más tranquilo de no ser guillotinado, su sonido me trajo el recuerdo de los cintazos de la hebilla de mi padre resonando en mi espalda, uno tras otro, sin parar hasta hacerla sangrar, para luego, al finalizar la faena, como si de un reflejo condicionado se tratase, culminar siempre con la misma frase:

-“Vos te lo buscaste. Evidentemente te gusta que te pegue. Es la única forma que entendés para quedarte callado. Mirate, mirate ahora que mudito estás”.

Levanté la mano en señal de tregua. Silvio paró la andanada y me preguntó si quería cambiar de roles. Moví negativamente la cabeza y le pedí a través de la mascarilla si quería jugar a las escondidas. A él todos los juegos le venían bien. Valoraba mucho estar en compañía y detestaba el aburrimiento de pasar tantas horas en soledad, por lo que aceptó la propuesta de buen talante. Quedamos en contar hasta veinte, no hasta diez, así

daba más tiempo para esconderse en lugares distantes, y por ende, más difíciles de encontrar, sin contar con el plus de prolongar más el juego. Ahí decidimos realizar un break porque nos vino el hambre antes de comenzar el juego, optando por comernos unos *Capitán del espacio*, esos alfajores quilmeños con la imagen del astronauta impreso en papel metalizado. Ambos, los preferimos al unísono en lugar de las empanadas de carne y jamón con queso, compradas previamente por sus papis en *El Ladrillo* como cena, las cuáles, en vez de pasar por el microondas, cumplieron el mandato familiar de ser ingeridas, pero no por nosotros para crecer sanos y fuertes, sino para terminar como aperitivo en la boca de “Lobo”, el manto negro que oficiaba de mascota y vigilante que por las noches ladraba en el jardín en busca de capturar algún gato. Nuestros ojos sonreían de felicidad, los míos transitoriamente sin la máscara, ya ahora incorporada a mi rostro, ya ahora parte de mí. Tras apurar las últimas miguitas con un poco de *Coca* nos enfrascamos en las reglas del juego. Silvio me planteó usar todo el interior de la casa para esconderse, quedando prohibido salir al jardín porque el arisco perro mordía a las visitas, y encima, íbamos a tener trabajo extra al tener que limpiar el piso de la casa de tan embarrado que iba a quedar toda vez que reingresáramos de afuera. La idea me pareció genial. La casa era muy grande, de dos pisos, con un gran living con su mesa para doce personas y su luminosa cocina al fondo, coronado por el hogar a leña y la gran boca de la escalera de madera que, ejecutando una curva, ascendía a los dormitorios. Cuando Silvio se puso de espaldas a la puerta de entrada e inició el conteo, como si fuese una parte indisoluble de mi cuerpo, me puse otra vez la máscara. Al toque, disparé como una flecha hacia la cocina, pero a medio andar cambié de idea y me metí en la escalera. Al llegar al distribuidor de planta alta me topé con tres puertas grises, las entradas a los dormitorios y el baño. Giré el picaporte de la derecha y me encontré con la habitación de sus padres, con la enorme cama matrimonial y sus mesitas de luz en madera de pino lustrado. Me

quedé inmóvil, indeciso unos segundos, pero ante el sonido silviano de “punto y coma, el que no se escondió se embroma”, me oculté atemorizado debajo de la cama, como cuando papá y mamá discutían acaloradamente en un mar de insultos y golpes por plata que no alcanzaba, como cuando la discusión alcanzaba el cenit en una avalancha de platos rotos, comida recalentada desparramada por el piso y botellas de alcohol fino a medio tomar. Y como cuando, tipo bonus track, recibía algún mamporro de mi padre si yo estaba en la trayectoria de tiro, paradójica excusa por él esgrimida para permanecer ellos juntos, bien unidos en sacramental matrimonio hasta que los separara la muerte. Ahora estaba en mi paraíso, con la máscara del hombre araña, a upa del calor de mi vieja en el parque de la cervecería, observando a mi padre jugar indiferente al metegol con sus amigos. Abrazado en ese sándwich de ternura entre el piso y el colchón, bajo la protección brindada por la escafandra de metal, experimentaba los olores del encierro, mezcla de humedad y tierra, combinación de perfume y almidón, muy diferente a ese olor indefinible, nauseoso y dulzón de la podredumbre humana. Escuché el tracatrán del piso de madera de la escalera golpeando rítmicamente por las pisadas a los saltos de Silvio, y rememore el repiqueteo de la maza rompiendo el piso del dormitorio de mis padres aquel domingo que ayudé a mi viejo para construir un nuevo contrapiso. Como tromba, cayeron las imágenes posteriores, los baldes de tierra que tuve que acarrear, el cemento portland transportado hasta la habitación (preparado a las apuradas en el pequeño patio de atrás), los cerámicos del piso repegados, ya bien entrada la madrugada por mi padre en diabólico frenesí, nuestras manos quemadas por la cal y mi madre descansando, *perpetuamente*, junto a la botella de cerveza manchada en un revoltijo de pelo y sangre a la sombra de su cama marital.

Sergio Carbia

Querida amiga

Me conoces desde el día que nací, no tuve la vida fácil y lo sabes muy bien.

¿Te acordás cuando a los cuatro años fui a Italia con mamá a conocer a la abuela, cómo lloraba cuando nos fuimos, te acordás?

¿Te acordás cuando poco tiempo después me desperté con los sollozos de mi padre, te acordás? y cuando mi mamá haciendo las valijas llorando

me dijo me vuelvo a Italia ¿te acordás?

También que después de casada tuve que soportar las lágrimas de mi marido cuando me decía "estoy muy endeudado mejor me voy".

Pero vos siempre estuviste, me diste una profesión y con un crédito hipotecario pude comprar la casa y poner el consultorio adelante.

Y lo bien que estuviste con mi hija, le diste una beca para la residencia de Diagnóstico en el Hospital de Malvinas y tan bien formada que las puertas del trabajo se abrieron.

Y ahora te toca llorar a vos Argentina, te robaron, te endeudaron, encima hablan muy mal de vos, dicen que acá no se puede vivir y que lo mejor es irse. Conmigo cumpliste.

Me conoces desde el día que nací, no tuve la vida fácil y lo sabes muy bien. Conmigo cumpliste, yo me quedo.

Barbara G. García

Alegría por doquier

Si te parece todo vano, ¡¿cuánto vale una sonrisa o una alegría?!

si “no tienes tiempo” y todo es prisa

lo alegre se siente como un gran y buscado remanso.

En cambio si en la vida, te parece que todo te acaricia,

bendice tu existencia compartiendo la riqueza de tu suave brisa.

Si la violencia y necedad es lo que domina,

no te traiciones y sé el bálsamo, como un humilde té de manzanillas.

Eso sí, lucha y sonríe inteligente

que la armonía sea tu emblema

y hasta la muerte, vencida, ¡te sonría!

Willy Linch

El ladrón nocturno

Cuando me presentaron a Inés, la costurera del tercer piso, conocí a una mujer de cuarenta y pico de años a la que le habían robado la bicicleta del balcón. Era todo lo que conocía de Inés, eso y que por el asunto había discutido muy fuerte con el portero.

El hombre corrió la voz por todo el edificio que a la costurera le faltaba un tornillo y que su bicicleta con seguridad había quedado olvidada en sus frecuentes salidas nocturnas de las que llegaba un tanto borracha. La situación se tornó difícil, porque la costurera bastante molesta por las acusaciones, contrató a un abogado y recurrió a la policía y una mañana los oficiales se presentaron en el edificio y caiga

quien caiga revisaron los departamentos de cabo a rabo , desde el primero al noveno incluyendo el cuartito del portero del 1 c, pero la bicicleta nunca apareció.

Para colmo de males los inquilinos molestos por la requisa, hablaban por lo bajo que Inés estaba loca y le declararon un bulling con todas las letras y les digo con todas las letras porque fue literalmente eso, los vecinos iniciaron una serie de pegatinas de maliciosos carteles contra la costurera en el espejo del ascensor, solo hizo falta uno de ellos que tiró la primera piedra o mejor dicho pegó la primera hoja y los demás acataron la decisión. Los carteles, aparecían pegados en el espejo a cualquier hora junto a los de avisos varios cada semana aparecía un cartel distinto, tengo las fotos de cada uno en mi celular, no recuerdo cuanto tiempo duraron, pero prefiero decirles que los tengo registrados.

En el primero de una larga lista se leía:

Nombre científico sarcoptes, variedad scabiei, se trata de un ácaro que produce sarna en seres humanos, afecta a pordioseros y a toda clase de gente variada y culta que quiera contagiarse y debajo decía:

En este edificio, somos gente solidaria por lo tanto le comunicamos a uds que el 3er piso se encuentra infestado y en espera de desinfección. Nadie abajo firmaba por lo tanto a nadie se podía acusar. La pobre costurera de a poco fue cayendo en la quiebra, las clientas salían despavoridas al leer los carteles del ascensor y ya no regresaban ni a pagarle las costuras adeudadas, lo sé porque a principios de mes al portero se le dio por colgar a la entrada del ascensor la lista de los morosos con las expensas y la pobre Inés figuraba todos los meses, resaltada con fibra y encabezando la lista, comencé a pensar que alguien se tomaba el tiempo de arruinar el plástico que cubría la hoja de los nominados y remarcaba el nombre de la costurera con un fibrón, a dios doy gracias por no estar en el primer lugar.

Cómo puedo vivir entre gente tan perversa, me diría Inés en persona, unas semanas después cuando la conocí.

Mi hermano me contó el antecedente de esta historia , el me jura que leyó un cartel, en el espejo del ascensor, el día que nos mudamos, donde pedían la devolución de una bicicleta de mujer marca olmos y que entregaran los datos en el dpto. del tercer piso y además se ofrecía recompensa.

La verdad yo no le creí, era ridículo, a quien se le ocurriría, que el ladrón, iba a tocar el timbre, para devolver la bicicleta o delatar al ladrón para cobrar recompensa. Y si era verdad y a la costurera se le había zafado un alfiler ¿

Nunca se sabe pero en el fondo yo si sabía. Sabía que Inés era una buena persona, lo sabía porque ya conocía a las otras. Con el tiempo y algunas cartas documento de por medio dirigidas al consorcio se dejó de oír el asunto de la bici, pero no me cabe la menor duda que la costurera es una mujer valiente y con los alfileres bien puestos y Lo digo con conocimiento y fe del mismo. Llegué al tercer piso con curiosidad, pero me llevo mi vestido, quería recuperar el bordado de lentejuelas del escote , tenía una fiesta , no soy de las que gastan en vestidos para un rato, le toqué el timbre, ya nos habían presentado en el ascensor, pero en realidad , todavía no la conocía, esa tarde me abrió la puerta con una sonrisa a medias , llevaba el labio torcido sujetando una almohadilla de alfileres a mí se me ocurrió preguntar como confiaba así en los alfileres , Inés puso los ojos como dos huevos fritos y escupió los alfileres lejísimo, para luego levantar un dedo y anunciar: son menos dañinos que mis vecinos, y así me contó su versión de la historia.

‘Hubo épocas en que no pegaba un ojo, pasaba las noches en vela tratando de oír el chirrido de la reja del ascensor entre los pisos y se levantaba al instante, jamás llegó a ver al escriba.

De madrugada bajaba las escaleras, alguien le dejaba el ascensor abierto en el primer piso, solo dos veces logró arrancar un cartel que volvió a reaparecer a la tarde, jura que estaba un tanto paranoica. Al final Inés perdía la cordura, terminó en el psicólogo porque simplemente no podía respirar.

Me contó que perdió un poco más que la cordura, se le fueron casi todas las clientas y aún hoy está luchando con los ataques de pánico que le provoca el ruido del ascensor.

No, no logré descubrir la trama de todo esto, pero es algo muy traído de los pelos lo que te voy a decir, me dijo al fin, la realidad es que alguien se molestó mucho, cuando hice la denuncia del robo de la bicicleta.

Aunque nunca apareció, ella recuerda con certeza el instante en que la dejó apoyada sobre el balcón de su departamento, como todas las noches y no quiso hablar

más, el hombre araña no existe, me dijo, por eso en menos de un año cambió varias veces la cerradura, como yo, que apenas llegué al edificio alguien desapareció la caja con mis mejores blazers, mientras realizaba la mudanza, pero de eso, no le quise contar nada.

Ahora entiendo que los datos que pedía Inés, no eran de la bici, los datos que buscaba eran de otra cosa.

Maria Fernanda Lui

Despierta

Sonaba la alarma del despertador. Como todas las mañanas, Pedro se levantaba temprano, y aún medio dormido afeitaba su barba, se peinaba y cambiaba su pijama por un pantalón de jean negro y camisa celeste. Luego se dirigía a la cocina para preparar su desayuno. Mate y tostadas con manteca y mermelada de ciruelas. No vivía sólo, lo acompañaba su fiel perro, un negro labrador, que había adoptado años atrás en una fundación que rescataban animales abandonados. Allí vivían en una vieja casita de madera despintada. El techo era de chapa con una chimenea en una de las esquinas. La construcción tenía en el frente una puerta con mosquitero y una ventana de cada lado. En cada una de los laterales de la vivienda otra ventana más. Construida estratégicamente, la separaban del nivel del mar tan solo unos dos metros de altura.

Mientras sorbía de la bombilla saboreando el mate, observaba extasiado el río “Durazno” fluyendo a unos metros frente a él. Hoy éste estaba particularmente calmado. Tampoco había brisa. Una lancha colectiva pasó delante de él tocándole la bocina. Pedro respondió saludando con la mano.

Adoraba ésta parte del delta, la segunda sección. Lejos de la gente y del bullicio de la ciudad. Un lugar lleno de vida, con mucha vegetación como alisos, casuarinas, pindó y hortensias. Biguás, carpinchos y pavas de monte entre otros, formaban parte de la fauna isleña. A casi una hora y media de la capital existía un mundo distinto, dónde la naturaleza y la paz confluían en perfecta armonía. ¡Pero la vida en las islas no era fácil!

Y él, lo sabía perfectamente, después de veinte años de haberse mudado a esta parte de la provincia. No era para cualquiera, éste tipo de subsistencia. Lejos de las comodidades que brindaba la ciudad. A la segunda sección del delta no llegaba la electricidad y, para cocinar a gas se necesitaba tener una garrafa. Tampoco había agua corriente. Sólo cabía esperar a la lancha almacén traer los bidones llenos de agua, o traerse los mismos del continente. Mucho menos cloacas. ¡Y ni pensar tener wifi!

Terminado el desayuno, se dirigió al muelle, donde estaba amarrada su lancha “Pucará”. Pequeña, viejita y despintada, el motor sobresalía fijado al espejo de la popa. Pedro la comandaba con mucha destreza cuando salía a navegar. Y nunca le había fallado. Hasta en las bajantes más extremas la “Pucará” lo había transportado a destino.

La casa permanecía abierta. No había necesidad de cerrarla. Además, tenía su propio guardián, el perro, que quedaba allí aguardando la llegada de su dueño. A veces se imaginaba qué estaría haciendo su mascota cuando él no se encontraba en casa. ¿Tal vez visitar alguna amiguita? Especuló riéndose entre dientes. Era común ver los canes cruzar nadando el río para visitar a otros compañeros de las islas, o atraídos por el aroma del asado de algún vecino.

El trayecto era largo. Una hora hasta llegar a” tierra o continente” como decían los isleños. Una vez allí, amarraba frente al Museo de Arte Tigre, caminaba unas cuadras hasta la parada del colectivo de la línea el 60. Media hora después descendía en Saavedra, caminando por Cabildo hasta llegar al trabajo, una pequeña y típica librería porteña.

¿A veces pensaba por qué no abrir una biblioteca en las islas? ¿Quiénes irían? Isleños y tal vez algún que otro turista ... Pensamientos que quedaban luego en el olvido.

En la tienda lo aguardaban libros desordenados, dejados por clientes el día anterior, cuentas e impuestos por resolver y atender a la gente.

Al abrir el local, oyó el reloj de la pared sonar. Ocho campanadas.

¡Pero qué demonios ..! -se dijo- ¡Demasiado temprano! Eran recién las ocho de la mañana, y habitualmente abría la tienda a las nueve. Aprovechó entonces aquella hora para actualizar las cuentas y posteriormente abrir la librería.

Al día siguiente sonó el despertador. Y toda la rutina comenzaba de nuevo.

Ésta vez el terreno de la isla se encontraba inundado por la sudestada. Con las botas puestas y zapatos en manos, se dirigió a la lancha rumbo al trabajo. El paisaje en el camino había cambiado por completo. Apenas se divisaba las márgenes del río. Las estacadas habían desaparecido. En algunos muelles tanto el piso como la escalera habían quedado bajo agua, al igual que los juncos y los árboles caídos. Siendo éstos últimos un potencial peligro para los desprevenidos navegantes que no conocían las trampas del río.

Al llegar a la librería y abrirla, el reloj de la pared sonó ocho veces.

¡Carajo! ¡Otra vez! -se dijo. Y miró el reloj de la pared.

Aprovechó esa hora para ordenar libros y asear el lugar. A las nueve en punto abrió la librería.

A la mañana siguiente sonó la alarma del despertador. Extendió su mano para apagar dicho aparato.

La rutina volvió. Con las botas puestas se dirigió a su embarcación, ya que el terreno todavía se hallaba embarrado. El paisaje había vuelto a cambiar. Esta vez los juncos y árboles caídos asomaban del río. Estacadas y muelles con sus escaleras bordeaban las márgenes del mismo.

Al llegar a la librería el reloj de la pared volvió a sonar ocho veces.

¡No puede ser! ¡Caraaaajoo! - dijo, tensando el masetero. Otra vez se había levantado demasiado temprano. ¡Podía haber dormido un poco más! Razonó. Maldiciendo por lo bajo al bendito despertador. ¡Debía arreglarlo urgentemente! O comprarse un reloj de mano, pensó. Aunque ésta última idea no le gustó. Lo fastidiaba estar pendiente de la hora.

Ordenó los libros. Arregló el escaparate, renovándolo y acomodando los nuevos libros publicados y traídos por las editoriales. Hasta que oyó las nueve campanadas, y entonces abrió la tienda.

A la mañana siguiente sonó el despertador. Esta vez se había propuesto no dejar pasar el asunto. Aunque le costó despertarse, al ser viernes, se levantó y extendió su mano para apagarlo. Mas éste no se acalló.

Lo tomó irascible entre ambas manos y observó con detenimiento que, en el mismo, la pantalla reflejaba las: 5 A.M. La campanita de la esquina de la pantalla no titilaba. ¡Y tampoco sonaba el despertador! Sin embargo, escuchaba la alarma sonar. ¿Acaso estaba delirando? -se preguntó, rascándose la cabeza con el pelo enmarañado. Levantó la vista advirtiendo que afuera, frente a la ventana de la habitación un ave se había posado. La misma estaba picoteando el vidrio. De pronto la calandria comenzó a cantar. Un sonido metálico y rítmico brotaba de su pecho, imitando la alarma del reloj despertador.

Cynthia Pilz

El noble Arador

Dicen que muerto yace el arador!!
Dicen que ha sido culpa de un amor.
Dicen que ella ha sufrido y llorado,
Que al final de un túnel que ya está cavando,
Ahí la está esperando el destino fatal.
Dicen que su paso es firme y sin prisa;
Y que donde pisa su huella germina:
Son aquellos hijos que soñó esa noche,
En que amó y perdió al noble arador.
El final la espera, lo mira de frente,

Ya se sumerge y espera su suerte;
Pronto una burbuja su cuerpo ya envuelve
Y ya va a reunirse con su antiguo amor.
Cuando atiendas sarna ¡Cúrala es rigor!
Pero cuando lo hagas no olvides te pido,
Que existió esta mágica historia de amor.

Lorena José Restifo

Imágenes desafiantes

La curiosidad me llevó a espiar el mundo a través de los oculares del microscopio. Y qué mundo! Es una maravilla observar detenidamente los tejidos, todo teñido de celeste y rosa. Sentarse a trabajar siempre fue para mí una delicia. Con cada caso se emprende un viaje a través de la observación, descubriendo imágenes con las que el pensamiento arriba a conclusiones. Cada preparado es un mundo y al mismo tiempo un desafío.

Corría el año 1980, en los albores de mi carrera como patóloga. Mi mejor amiga me había traído para estudiar una biopsia de su propio hijo, un muchachito de 17 años, banalizando la situación: _"Es un lunarcito en el oído", dijo sin darle importancia, _"pero el dermatólogo quiere estudiarlo". Lo acepté muy solícita y el material entró al procesamiento rápidamente.

Dos días más tarde las láminas ya estaban en mi poder y ahí me senté, avocándome a mi tan amada tarea de escudriñar las entrañas del tejido. Pero lejos de producirme placer, las imágenes me generaban rechazo. Unas células aberrantes, con núcleos monstruosos, trepaban por la epidermis y me miraban desde su cómoda posición desafiándome, como diciendo: "acá se terminó lo bueno, batallaremos hasta el final!" Saqué la vista de los

oculares y miré por la ventana. Los techos y las calles estaban mojados. Debía haber llovido después de sentarme. Todo el entorno tenía su peor aspecto: los árboles parecían escuálidos y míseros, las chimeneas arrojaban su humo más negro y las pocas personas que habían sido sorprendidas por la lluvia, se amontonaban debajo de algún toldo sacudido por el viento.

Pensé que era imposible que esto estuviera sucediendo y volví a mirar los vidrios. Otra embestida de imágenes, las células ganaban la batalla. Resistiéndome a tan horrible conclusión decidí consultar con alguien más experimentado. Grande fue mi sorpresa cuando su opinión fue opuesta a la mía: "Esto es benigno", dijo. Al principio me llené de alegría y me tranquilicé, pero lo contradictorio de las imágenes no dejaba de sembrar dudas en mi pensamiento. Decidí entonces llamar a mi amiga para avisarle que el resultado se iba a retrasar un poco y darme así tiempo de efectuar otra consulta. Fue en ese momento que recibí una mala noticia: ella me contó que dos pequeños satélites rodeaban ahora a la lesión original, habían aparecido en estos pocos días transcurridos. Me imaginé entonces a esas células bravas que me habían estado enfrentando a través del microscopio y pensé que las muy malditas, como grandes guerreras, habían llamado refuerzos para llevar a cabo su maléfico plan.

La segunda consulta se opuso a la anterior. Éramos dos a favor de malignidad y uno en contra. Pero la opinión contraria era de gran peso por la marcada experiencia del patólogo. En aquellas épocas no existía todavía en nuestro medio la inmuno-marcación ni mucho menos las consultas online. De manera que tomé la decisión de enviar una copia de la muestra a un experimentado patólogo en el exterior. Su respuesta coincidió con la mía: esas células no se iban a detener en su lucha. La cirugía se decidió con celeridad. Ya no quise pensar en la opinión de benignidad, a pesar de la insistencia del primer patólogo consultado sobre la probabilidad de que lesiones benignas desarrollaran satélites, e incluso sobre la posibilidad de colonización de ganglios por parte de ellas. La decisión estaba tomada y había que actuar rápidamente.

Preferí comunicarle yo a mi amiga la terrible noticia. Si bien al principio la tomó con serenidad, unos segundos después se derrumbó y lloró, conteniéndonos una a la otra en un gran abrazo, mientras en mi imaginación veía los melanocitos monstruosos burlándose de mí. Es muy difícil aislar los sentimientos a la hora de tomar esas decisiones. En realidad me negaba a aceptar que esto pudiera estar ocurriendo. Yo fui testigo del

nacimiento de este niño, acompañé a su madre durante todo su embarazo y ambas compartimos la alegría de su llegada. No era justo que alguien tan joven fuera abatido por el monstruo del cáncer.

Días después, estudiando al microscopio la pieza extirpada, pude ver cómo las células diabólicas no sólo habían pedido refuerzos creando nuevas colonias en la vecindad, sino que además habían viajado y se habían instalado cómodamente en los ganglios vecinos. Nunca una imagen me produjo tanta desazón. Ya no había esperanzas.

En patología oscurecía antes que en las otras salas, tal era el precio de trabajar en los sótanos del hospital. Pero ese día todo era aun más lúgubre. Apagué las luces del laboratorio y me dirigí hacia la calle. Ya era de noche y otra vez llovía. En el camino a casa traté de reponerme pero la tristeza me invadía, un mundo gris había reemplazado al mío, mi mundo celeste y rosa.

Graciela F Sánchez

El color amarillo

Aquella tarde pude ver el amarillo en la mirada de Ariadna. Para mí, los colores trasuntan el ánimo de cada uno y el amarillo refleja expectativa. Ella la tenía.

Casi a los cinco años, Ariadna había comenzado con el tema de la cítara:

—Los angelitos las llevan, mami, quiero una— y de ahí a: —Padrino, regálamela.

Fue en la Navidad siguiente cuando yo, Esteban, aparecí con un paquete redondo, anudado con un enorme moño: —Esto es para la princesa, que pueda tañer la cítara para su padrino— los ojos celestes de Ariadna se llenaron de puntitos dorados.

A los quince ya había recorrido varias academias, cuando las borrascas de la adolescencia le archivaron la cítara en el techo del ropero. Su primer desengaño, a los dieciocho, le hizo desempolvarla y en las madrugadas de verano calmaba los anhelos deslizando sus dedos entre las cuerdas.

A los veinte, entre pilas de libros y mientras en la librería donde trabajaba quería conformar a la panadera de la esquina que buscaba un atlas de cocina india, Ariadna se dio cuenta que como vendedora nunca tendría éxito, porque no le gustaba producir para la gente. Sólo quería llegar a su casa, subir al desván y buscar la cítara.

Fue en marzo de ese año cuando le llevé la noticia: en la academia frente a la plaza habían contratado un nuevo profesor de cuerdas. Así, Ariadna fue la primera y única alumna de cítara de Teo. Entre sus compañeros de violín, chelo y contrabajo, ella parecía de otro planeta con sus camisolas de lino en verano y sus gorros de lana, hasta las cejas, en invierno. La mirada escrutadora de Teo captó la intensidad con que Ariadna se dedicaba al estudio y así como se desgranaban los días, el talento y la voluntad de ella fueron desgranando los arpegios perfectos para cada interpretación.

A los pocos meses, los puntos amarillos comenzaron a poblar los iris de Ariadna y cuando yo la observaba en los ensayos, mientras Teo inclinaba la cabeza aprobando, los puntos amarillos se multiplicaban.

—La expectativa es máxima — me dije— Ariadna ha sido flechada por Cupido.

Llegó noviembre y con el mes, la invitación para el Festival de Música de Viña del Mar.

—Sólo las cuerdas irán, ahora son los mejores —fue la decisión— el próximo año, si se empeñan, irán los vientos —había concluido el director.

Para Ariadna era su primer viaje al extranjero como concertista, integrando un grupo de músicos. Desbordaba entusiasmo; la encontré en la librería el día previo al viaje. Mientras yo buscaba un ejemplar de *Ficciones* para regalarle a mi esposa en su cumpleaños, observé sus mejillas con un leve tono dorado. —Esto se acentúa— me dije.

Partieron los siete alumnos junto a Teo, para integrar la orquesta de jóvenes destacados que actuarían en la ceremonia de apertura del festival. La travesía por la cordillera fue inolvidable: ver el Aconcagua desde la ventana del avión, con la cima nevada, refulgente en el sol de la tarde, grabó en Ariadna una nota de felicidad.

Al llegar a Viña se integraron al grupo de treinta jóvenes provenientes de toda Latinoamérica que formaban el *ensamble* para la Apertura. Entonces apareció Ana, la directora, una chilena enérgica que rozaba los cuarenta, esbelta y decidida, que los

conquistó a todos. Y a Teo más que a nadie: con la mirada se entendían, casi sin hablar. Los ensayos resultaron un trabajo placentero. Sólo Ariadna permanecía callada, como ensimismada en sus pensamientos.

La noche previa a la Fiesta, después de cenar, formaron grupos de cinco a ocho para recorrer la playa frente al hotel. Las olas rezongaban en la arena y contra las rocas el murmullo se trocaba en verdadero rugido. Las cuatro chicas que acompañaban a Ariadna resolvieron sentarse en la parte más alta del acantilado, desde donde la luna extendía un camino plateado entre el cielo y la costa. Y allí los vieron: dos siluetas, quince metros más abajo, que parecían dialogar y en un momento el brazo del hombre rodeó los hombros de la mujer que reclinó su cabeza en la de él. Eran Ana y Teo.

Ariadna se levantó silenciosamente, bajó hasta el borde del agua y de la mochila sacó el ovillo amarillo que arrojó al mar. Al día siguiente los puntos amarillos habían desaparecido de sus ojos y cuando la encontré a su regreso, no habían retornado.

Graciela del Carmen Vidal